

SOCIEDAD DE MASAS «VERSUS» SOCIEDAD DEL CONOCIMIENTO

Por LUIS NUÑEZ LADEVEZE

Aceptando como válida la descripción de nuestra sociedad como «pos-industrial», cuestión a la que hemos aludido en trabajos anteriores (1), podemos considerar que dos de los rasgos más característicos y distintivos de este tipo de sociedad son, por un lado, el de ser una «sociedad de información genérica», es decir, en la que se da una prevalencia de los «medios de comunicación de masas» (2); y, por otro, el de ser una «sociedad de información especializada», es decir, guiada o regulada, al menos en parte, pero en algún aspecto fundamental, por la repercusión de la especialización del conocimiento en la división del trabajo social (3). Estos rasgos son característicos, en el sentido de que comparecen en este tipo de sociedad de un modo distinto que en otros precedentes, hasta el punto de que permiten distinguir el modelo de la sociedad pos-industrial y oponerlo a otros modelos históricos. Son rasgos típicos de la historicidad de una manifestación social. No es frecuente, sin embargo, la referencia simultánea a estos dos rasgos descriptivos. Tampoco es frecuente la observación de que ambos definen tendencias opuestas y tensiones en litigio. En efecto, se trata de características antitéticas y hasta cierto punto paradójicas. Y resulta en cierto modo sorprendente que una misma sociedad pueda ser definida como «sociedad de masas» (4),

(1) Cfr. L. NUÑEZ LADEVEZE: «Masificación y democracia en el modelo de masas», en *Revista de Estudios Políticos*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1982.

(2) Id. Sobre el concepto de «información genérica» cfr. L. NUÑEZ LADEVEZE: *El lenguaje de los «media»*, Pirámide, Madrid, 1978, págs. 76 y sigs.

(3) Cfr. *El lenguaje de...*, págs. 97 y sigs.

(4) Sobre este particular se expone bibliografía en el trabajo citado «Masificación y democracia...».

por algunos, basándose en la observación, ciertamente válida, de la supremacía, de la eficacia y de la omnipresencia de los medios de comunicación colectiva; y, a la vez, como «sociedad del conocimiento» basándose en la observación de que en ella el conocimiento científico-técnico ha obtenido un desarrollo sin precedentes (5). Con frecuencia estas dos definiciones se han presentado de un modo disyuntivo, según la fórmula, o la una o la otra, y de acuerdo con la tesis, explícita o implícita, de que no es posible la convivencia entre ambas. Solamente para tenerlo en cuenta, ya que no va a ser una cuestión que nos interese de modo directo, la conocida teoría de la «masificación» de la sociedad contemporánea se funda, a nuestro juicio, en un prejuicio no confesado de este tipo: la sociedad de masas no es compatible con la sociedad del conocimiento; puesto que se trata de fuerzas en litigio no pueden permanecer juntas mucho tiempo, no pueden coexistir. Una tenderá a crecer a expensas de la otra. Curiosamente, y no hay más que leer a Spengler para cerciorarse, se asignan a estos dos aspectos o manifestaciones de la sociedad moderna, orientaciones de valor, como si en la sociedad de masas cristalizaran los componentes negativos, disolventes, inhumanizados, de la axiología moderna, y en la sociedad del conocimiento convergieran las esperanzas nunca plenamente realizadas de la sociedad (6).

Se trata, evidentemente, de una simplificación. Por otro lado, los críticos más profundos comprendieron que ambos aspectos tenían un mismo origen, y que las derivaciones de la sociedad del conocimiento, sus resultados y productos, es decir, la industrialización y la tecnoestructura, son, a su vez, causantes de una cierta deshumanización cuya víctima sería la sociedad de masas. En realidad, los críticos y los filósofos de la «masificación» no acertaron a comprender que asociaban a sus juicios aleatoriamente conceptos que merecían disociarse. Así podían acusar a la «masificación» de poner en peligro el porvenir del conocimiento y, a la vez y sin hiato alguno, acusaban al conocimiento de deshumanizar la sociedad (7). De este modo se establecía una circularidad que, en las manifestaciones del pensamiento más conservador, y sobre el particular puede acudir al jugoso libro de Salva-

(5) Nos inspiramos especialmente en D. BELL: *The coming of the Post-Industrial Society*, Basic b, Nueva York, 1973. Hay traducción española por la que citamos: *El advenimiento de la sociedad pos-industrial*, Alianza, Madrid, 1979. «La sociedad pos-industrial, como resulta evidente, es una sociedad del conocimiento», pág. 249.

(6) Cfr. L. NUÑEZ LADEVEZE: «Democracia y masificación», en *Persona y Derecho*, Pamplona, 1980.

(7) La bibliografía es muy amplia. Véase una referencia en «Democracia y masificación».

dor Giner (8), concluía con una descalificación global de la sociedad moderna.

Gran parte de la falacia de estas interpretaciones se basaba, precisamente, en utilizar o acudir, según los intereses del prejuicio lo aconsejaran, a uno de los dos aspectos que hemos disociado sin haber hecho la previa disociación. De este modo resultaba que la sociedad industrial era una sociedad que se encaminaba hacia la inevitable trivialización de la cultura, es decir, una sociedad masificada, en la que acabarían por imponerse, a expensas de los elevados productos del espíritu, los criterios normativos del hombre vulgar.

Por lo demás, la evolución y continua expansión de los medios de comunicación de masas demostraban que ese proceso de masificación no era un peligro imaginario. Pero también, o simultáneamente, era el propio pensamiento moderno lo que servía de estímulo a ese proceso, pues había suministrado a las masas la conciencia y el derecho de la autonomía de cada individuo, del valor de cada juicio, de la libertad de cada conciencia, fuera cual fuera el contenido implicado. De este modo, y paradójicamente, para el pensamiento conservador resultaba que la «masificación» era un resultado del «individualismo», o que la autonomía de la conciencia tenía como consecuencia la atrofia de la conciencia, su vulgarización.

Ciertamente, en estos modos, que aquí hemos simplificado, de presentar la cuestión, se encubren falacias y sofismas, pero eso no quiere decir que el análisis no presente dificultades a la hora de examinarlas. Nuestro punto de partida se basa en la disociación de estos dos mecanismos superficialmente antagónicos y confluyentes en la sociedad pos-industrial que la convierten, por un lado, en sociedad de masas, y, por otro, en lo que hemos llamado sociedad del conocimiento. Nuestro objetivo consiste en situar a los medios de comunicación de masas en una perspectiva diacrónica global que nos permita comprender su acción y sus efectos en una sociedad dada, y acaso, aventurar algunos juicios de carácter prospectivo.

Resumiendo este primer acercamiento a nuestro objeto, pensamos, basándonos en el examen de diversas descripciones y análisis que se han hecho de la sociedad pos-industrial, que hay dos modos de describir su complejo funcionamiento, y que ambos son complementarios, no sólo porque coexisten sino porque, en su posible antítesis, generan el dinamismo y la desventura del modelo social que se analiza. Los teóricos precedentes de la doctrina de la masificación no disociaron ambos modelos en el análisis sino que mezclaban sus efectos en las síntesis sin establecer el orden adecuado. De ese modo

(8) S. GINER: *La sociedad masa*, Península, Barcelona, 1979.

las paradojas remitían a augurios, y las razones que podían alimentar un posible optimismo se volvían contra sí mismas, convirtiéndose en el fundamento del pesimismo. Esto no quiere decir que no hubiera base para esa floración de juicios que todavía hoy es frecuente repetir. Y cierto, la disociación entre ambos aspectos ofrece dificultades porque ambos proceden de un origen común, son hijos de un mismo parto, y tan iguales en su génesis que es difícil reconocer su independencia después que se han separado. De hecho, los grandes pensadores que se preocuparon por comprender el devenir de Occidente, Schopenhauer, Fichte, Nietzsche, Spengler, Ortega, Heidegger, por elegir algunos más representativos de entre los que se ocuparon explícitamente de esta cuestión, no supieron sistematizarla adecuadamente.

Nuestro punto de vista se basa en la observación empírica de dos fenómenos sintetizables y, en definitiva, ya sintetizados por la observación y análisis de observadores solventes. Parece, en consecuencia, poco discutible que en la sociedad pos-industrial se generan dos tipos de proceso de intercambio simbólico de trascendencia pública. Por un lado, aquellos cuyo contenido podemos designar como «información publicística» y cuyo componente principal podría ser la «información periodística» (9). Y, por otro, aquel cuyo contenido suele denominarse «información especializada», y cuyo componente más ostensible sería el «conocimiento científico-técnico» (10). Estos dos tipos de información no sólo coexisten sino que, aunque puedan proceder de mecanismos antitéticos y en cierto modo en litigio, son, de hecho, compatibles. Nuestra tesis es que ambos son igualmente distintivos y definitorios de la sociedad pos-industrial; y que, aunque como manifestación de tendencias o de impulsos históricos tengan un origen común —y, puesto que ambos tienen eficacia descriptiva, no parece dudoso que son, al menos de hecho, compatibles— cada uno denota actitudes y tensiones contrarias.

De la conceptualización de los efectos de estos dos fenómenos surgen los dos conceptos de sociedad de masas y de sociedad del conocimiento, cuyos rasgos son, naturalmente, en parte contrarios y en parte colindantes, pero, en ningún caso, comunes. Como hemos dicho más arriba esta «categorización» la consideramos suficientemente fundada en análisis precedentes de observadores sutiles y autorizados. Respecto de la expresión «sociedad del

(9) Cfr. J. L. MARTÍNEZ ALBERTOS: *La información en una sociedad industrial*, 2.ª ed., Tecnos, Madrid, 1981.

(10) Hay otros criterios sobre esta distinción que conducen a disyunciones similares. La más divulgada entre nosotros es la conocida de Fattorello entre «información contingente» e «información no contingente». Cfr. F. FATTORELO: *Introduzione alla tecnica sociale dell'informazione*, 1.ª ed., Roma, 1964, y «Comunicación y relación social de la información», en *Estudios de Información*, núm. 3, Madrid, 1967.

conocimiento» tiene el interés de que especifica aspectos de otras descripciones comprensivas de la «sociedad pos-industrial» como puede ser la de «sociedad científico-técnica» que, en nuestro contexto intelectual, ha contribuido a difundir el profesor Martín Serrano (11). Nuestro punto de vista es deudor de diversas fuentes, procedentes de la filosofía, la economía política, la comunicación y la sociología, pero puesto que hemos hablado de «sociedad pos-industrial» no está de más satisfacer la deuda directa con Daniel Bell, cuyo análisis de la sociedad pos-industrial nos sirve de inspiración inmediata. Escribe Bell:

«Lo que es cierto para la tecnología y la economía lo es también, salvando las diferencias, para todos los modos de conocimiento: los adelantos de cualquier campo dependen cada vez más de la prioridad del trabajo teórico, que codifica lo que se conoce y señala el camino para una confirmación empírica. En efecto, el conocimiento teórico se convierte cada vez más en el recurso estratégico, el principio axial de una sociedad. Y las universidades, las organizaciones de investigación y las instituciones intelectuales, donde el conocimiento teórico se codifica y enriquece, son las instituciones axiales de la sociedad que nace» (12).

Lo que interesa resaltar ahora es la sorprendente y poco detectada paradoja que, juicios o sentencias como ésta —nada, por otro lado, aventuradas si se tienen en cuenta los mecanismos de crecimiento de la literatura científica, las formas de expansión casi descontrolada del acceso a las universidades, el problema que se plantea de renovación y archivo en las organizaciones bibliotecarias, cuestiones, por otro lado, tratadas frecuentemente por los técnicos especialistas en cada una de éstas, como de otras que se podrían enumerar, iniciativas— entrañan cuando simultáneamente se dogmatiza acerca del inevitable proceso de «masificación», de «gregarización» o de «trivialización» de la sociedad pos-industrial. La cuestión es ¿cómo pueden resultar compatibles ambos diagnósticos? ¿Cómo es posible que una sociedad del conocimiento, en el sentido en que el trabajo teórico e intelectual se convierte en eje, principio, o impulso de la sociedad que nace, pueda surgir de los augurios de un devenir histórico que presagiaba una sociedad masificada, envilecida culturalmente, gregarizada, por utilizar la cara expresión de

(11) M. MARTÍN SERRANO: *Los profesionales en la sociedad capitalista*, Comunicación, Madrid, 1977.

(12) *El advenimiento de la sociedad...* Es la tesis principal del libro.

Nietzsche? ¿Cómo explicar que las instituciones axiales del futuro, las bibliotecas, universidades y organizaciones de investigación, convivan con los mecanismos de fabricación en serie de mensajes, la televisión, la radio, la prensa, las revistas de gran difusión, etc.? ¿Quiere decir esto que tales medios, a los que actualmente se les rinde tal tributo que han dado lugar a tan amplia corriente de investigaciones que ha venido a constituirse en una rama específica de la ciencia social conocida como sociología de la comunicación colectiva, están destinados a ser sustituidos por esas otras instituciones de las que se predica un futuro tan prometedor? ¿Cómo se compagina ese veredicto con la tan compartida incertidumbre acerca de la llamada civilización de Gutenberg y con el diagnóstico fatalista de que ha sido objeto por ingenios tan brillantes como Mc Luhan?

El mero hecho de que estas preguntas puedan formularse invita a pensar que en los frecuentes análisis que se han hecho de estos fenómenos ha habido muchos vicios de origen, o se han desarrollado a partir de esquemas parciales que sólo han tenido en cuenta los aspectos confirmadores de la tesis que se trataba de demostrar sin estimar aquellos otros que podían contribuir a ponerla en cuestión. En nuestro ambiente intelectual nos encontramos con un ejemplo verdaderamente deslumbrante, tanto por la calidad del comentario como por la repercusión de sus juicios. Se trata, ciertamente, del libro de Ortega en el que diagnostica «la rebelión de las masas». La cuestión que ahora hemos planteado podría traducirse, en términos orteguianos, del siguiente modo: ¿Es posible que se pueda hablar de una «rebelión de las masas» al mismo tiempo que se predica, con toda seriedad, que el conocimiento teórico es el principio axial de la sociedad futura? Evidentemente algo está mal en estas dos síntesis separadas entre sí por solo medio siglo de investigación. Recuérdese que para Ortega el peligro de la decadencia intelectual consistía en que las «masas» *imponían* su gusto vulgar en el sistema de decodificaciones socioculturales. Y si observamos las posteriores críticas a la llamada «industria cultural», procedentes tanto de los dialécticos de la Escuela de Frankfurt, como de los funcionalistas críticos norteamericanos, no parece que el juicio de Ortega pueda considerarse precipitado o carente de sentido. ¿Hemos de concluir que Bell, o los sociólogos de la ciencia, incluso los patrocinadores de una «ciencia de la ciencia» (13) están descarriados? ¿Habrá que considerar que estos estudios en torno a la progresión del conocimiento científico son fútiles y carecen de objeto?

Nuestro punto de vista consiste en aceptar ambos diagnósticos como

(13) D. PRICE: *Little science, big science*, Columbia, Nueva York, 1963. Hay traducción española: *Hacia una ciencia de la ciencia*, Ariel, Barcelona, 1973.

verdades probadas, y que el acopio de observaciones, análisis e investigaciones, juicios y comentarios críticos que se acumulan para probar uno y otro aserto, que aquí presentamos de modo simplificado, y en cuya contraposición insistimos con especial énfasis para explicitar con mayor claridad el tipo de interrogante que nos ocupa, no puede ser desdeñado. Esta contraposición invita, por tanto, a una explicación. Pero esta explicación no puede rehuir la comprobación de los hechos, no puede desligarse, por paradójico que parezca, del diagnóstico cruzado que conduce por una parte a considerarla como una sociedad de masas y, por otra, como una sociedad del conocimiento. Pero los fenómenos y procesos sociales que avalan ambas descripciones son tan rotundos que no es posible ponerlos en duda. Hay base, pues, desde este planteamiento, para alimentar una cierta perplejidad. Pero esta perplejidad procede más que de la observación, de los juicios morales o críticos a que suele dar lugar. Desde el punto de vista de los datos la cuestión no es tan inverosímil ya que, como hemos dicho, ambos aspectos tienen un mismo origen o son aplicaciones de un mismo impulso semántico.

En efecto, por un lado, el análisis de la expresión «información publicística» revela que este concepto en cuanto expresa los fenómenos periodísticos, traduce un aspecto típico, distintivo, de la sociedad moderna, que consiste, desde la perspectiva histórica de la evolución de la comunicación social, en la posibilidad de reproducir mensajes y difundirlos simultáneamente entre todos los componentes del cuerpo social. Ese hecho, inédito en la historia de la comunicación, es posible, precisamente, por la aplicación de los principios tecnológicos y del sistema industrial a la elaboración y transmisión de mensajes. No es, pues, discutible que la «información publicística» no sea un efecto del propio desarrollo de la sociedad industrial, sean cuales sean las consecuencias que ese efecto, devenido en causa, contribuya después a introducir. Tampoco parece discutible que, al alcanzar un grado de expansión que afecta al conjunto y a las partes de la sociedad moderna, no constituya un rasgo decisivamente descriptivo del modelo de sociedad en que se organiza y manifiesta.

Por otro lado, el análisis de la expresión «conocimiento científico-técnico» revela que este concepto, en cuanto expresa la aplicación de los hallazgos aportados por el proceso de división, sucesiva fragmentación y especialización del conocimiento científico a la aportación tecnológica y a la vida cotidiana, revela un aspecto decisivo de la sociedad industrializada. De manera que, si mediante una abstracción, prescindiéramos por hipótesis de la actividad científica y de su aplicación social, no podríamos obtener una representación coherente de la sociedad moderna. Hasta tal punto es así que, como hemos avanzado, ni siquiera la sociedad de masas sería posible sin la aplicación

del conocimiento y de la tecnología a los modos de elaboración y de reproducción del mensaje. Hasta cierto punto, por tanto, habría que concluir con Bell, que el conocimiento es en su aspecto más profundo, el motor o el principio axial de esta sociedad. Ahora bien, desde una perspectiva más inmediata que se atenga a los procesos de codificación y decodificación del contenido de los mensajes, parece claro que hay dos campos simbólicos diversos, en torno a los cuales se distribuyen modos distintos de participar la colectividad en mensajes de naturaleza pública. Por un lado, se distinguen aquellos que no requieren la posesión por parte del destinatario de un código intelectual específico y de unas claves semánticas diferenciadas; por otro, aquellos que, sin la posesión de códigos y reglas sintácticas *ad hoc*, resultan incomprensibles para los públicos aun cuando aparezcan expresados en una lengua común (14).

Lo peculiar de esta distribución en la sociedad pos-industrial no consiste, sin embargo, en que demarque reinos separados sino, al contrario, en que estén en contacto, en que haya una comunicación entre una y otro. Si desde el punto de vista del análisis diacrónico profundo, la sociedad del conocimiento es el origen de la sociedad de masas, en el sentido de que es el conocimiento, considerado como impulso histórico, el que genera el proceso de industrialización y hace posible el artificio técnico capaz de multiplicar el mensaje, reproducirlo en serie, y ofrecerlo simultáneamente a los sujetos componentes del cuerpo social; desde el punto de vista estático superficial, la sociedad de masas aparece como cuantitativamente dominante, mientras que la sociedad del conocimiento figura como un apéndice o una adición casi artificial. Es, precisamente, esa apariencia la que ha favorecido la proliferación del mito de la «masificación» como de un efecto intrínseco a la sociedad industrial. En realidad lo que ha sucedido durante el proceso de industrialización ha sido algo diferente: se han distribuido de una forma nueva las relaciones de los sujetos sociales respecto del lenguaje público.

En efecto, en una sociedad en la que no hay procesos colectivos de circulación de mensajes, pueden distinguirse dos tipos diferentes de vinculación: una gran parte del cuerpo social aparece desvinculado de la génesis y la comunicación de la información pública; otra parte muy reducida aparece integrada a esos procesos comunicativos, y es en gran medida responsable de los sistemas de intercambio de mensajes y, en consecuencia, es activa en cuanto a la toma de decisiones. La primera parte, que podría describirse muy bien con los párrafos que Marx dedicó en el *18 de Brumario* a los «campesinos parcelarios» franceses (15), no está «integrada» —y hablamos

(14) Cfr. *El lenguaje de los «media»*, págs. 84 y sigs.

(15) K. MARX: *El 18 de Brumario de Luis Bonaparte*, 2.ª ed., Ariel, Barcelona, 1971.

aquí de «integración semántica»— al proceso de comunicación socialmente efectivo; la otra parte está «integrada» en mayor o menor medida, según cual sea su *rol* social, a los sistemas efectivos y dominantes del intercambio simbólico. Comunicativamente hablando puede decirse que hay dos sociedades sin conexión informativa, distintas, separadas. Una, siguiendo, la descripción de Marx, compuesta por conglomerados yuxtapuestos, sin relaciones de intercambio, ruralizada, disgregada. Sus componentes no tienen más conexión con el contenido activo de la simbolización que las significaciones comunes del lenguaje cotidiano. Cultural y comunicativamente esta sociedad de «bolsa de patatas» está separada de la sociedad activa, entendiendo por «activa» aquella de cuyos contenidos e intercambios simbólicos procede el impulso responsable del cambio social.

En una sociedad de masas las cosas ocurren de modo distinto: hay una integración —adoptamos el término «integración» que ya usara Durkheim, pero con un significado diferente; lo entendemos como «integración simbólica» que no tiene que ver con y no entraña necesariamente la «integración social»—, o sea, una continuidad, una relación con los procesos de generación del lenguaje público. Hay, pues, un contacto significativo que va más allá de la comunicación lingüística. Este contacto es informativo, cultural. Es en el interior de esta continuidad comunicativa donde se pueden distinguir y oponer dos clases, dos modalidades informativas divergentes del lenguaje público. Se trata de una escisión que puede ser graduable puesto que se da en el interior de un conjunto. Esta escisión se produce porque los contenidos informados responden a principios de diferente naturaleza. La «información generalizada» es pública por ser común. La «información especializada» es pública porque interesa o afecta a todos (16). Aquélla es común porque su decodificación no precisa la posesión de códigos específicos. Esta es restringida porque ha sido codificada de acuerdo con códigos estrictos. Ahora bien, el sistema de distribución colectiva de mensajes permite que haya una continuidad y flujo, una transferencia, entre ambos tipos de información. Esto es, precisamente, lo característico de una sociedad de masas: que los procesos de intercambio simbólico del contenido del lenguaje no se limitan a compartir las significaciones sino que permiten participar también de los contenidos informativos y culturales de los mensajes. Hay, pues, una comunidad cultural e informativa, un sustrato de referencia común que no afecta sólo al contenido de la lengua, sino también a los contenidos informativos y culturales a los que la lengua sirve de «medio de comunicación». Resulta indiferente, en este momento del análisis, la clase o la calidad.

(16) Sobre esta distinción, *El lenguaje...*, págs. 84 y sigs.

del contenido informado. Lo que interesa es que esa comunidad existe gracias a la dependencia de los distintos componentes del todo social de los procesos de comunicación colectiva; y que ese fenómeno, desde una perspectiva que tratara de aislar históricamente la evolución de los mecanismos de reproducción de mensajes, es un fenómeno nuevo, distintivo de un modelo de sociedad.

Es natural oponer, desde este enfoque comunicativo, el concepto de sociedad pos-industrial al de sociedad tradicional o pre-industrial (17). La sociedad pos-industrial está regulada o dirigida por el impulso semántico de sistemas especializados de información científica y cultural e integrada a procesos comunicativos de intercambio simbólico común a todos sus componentes. En esta sociedad se da una oposición entre el impulso y la integración. El impulso procede de la «información especializada»; la integración es una consecuencia de la «información generalizada». Una sociedad pos-industrial está, por tanto, sometida a tensiones en oposición, que expresan la generalidad como sociedad de masas y la especificidad como sociedad del conocimiento, entre el flujo de información genérica y la información cognitiva.

En una sociedad tradicional no hay integración simbólica, únicamente lingüística. Hay, pues, una ruptura, una discontinuidad entre el impulso y la integración.

En suma, en una sociedad de masas o integrada, el fenómeno que la define, la integración informativa, está en oposición con el impulso que la promueve, la información especializada. No está de más que tratemos de describir las condiciones de esta oposición.

En términos de diccionario (DRAE), la antinomia se manifiesta en la oponibilidad de los significados. Veamos:

1. Por «información» el diccionario entiende «dar noticia de una cosa». «Noticia» es un «conocimiento elemental». La «información publicística» o «periodística», que es la que realmente nos interesa pues sobre ella se centra nuestro diagnóstico, se funda en la «publicación», es decir, en «hacer patente y manifiesto al público una cosa». «Público», para acabar, es «lo sabido por todos» y, por metonimia, el destinatario de la información.

2. Por «especialización» se entiende «cultivar con especialidad un ramo determinado de una ciencia». Procede de «specialitas» y designa lo particular, lo especial o singular, lo dirigido a pocos.

Así que en términos semánticos, la oposición denunciada afecta: a) al tipo de conocimiento. Oponiéndose el conocimiento «elemental» que suministra la noticia, al «especializado»; b) al destinatario de la información.

(17) Sobre esta distinción, cfr. «Masificación y democracia...».

Oponiéndose los «muchos» destinatarios de la «noticia», a los «especialistas», destinatarios de la especialización.

Si del significado léxico trascendemos al significado contextual podemos describir de este modo las oposiciones:

1. La «información publicística» genera un tipo de destinatario indiscriminado, de modo que todo sujeto social es potencialmente receptor. Implica un código común compartido por la generalidad de los componentes del cuerpo social. A este aspecto generalizador, expansivo, divulgador, indiscriminado, común, propio de la información publicística, consideramos rasgo distintivo de lo que hemos llamado sociedad de masas.

Una sociedad de masas es aquella en la que todo miembro de la comunidad tiene acceso al medio de comunicación, es decir, al sistema de distribución de mensajes publicísticos generado por la aplicación de la tecnología a la expansión del medio comunicativo. En este sentido, no puede decirse que haya verdadera sociedad de masas hasta la aparición de la «radio». A partir del momento en que la «radio» permite que todo miembro de la colectividad se integre o vincule simultáneamente a un mismo mecanismo de reproducción, multiplicación y distribución de mensajes, puede decirse que se asiste a la plena difusión de la sociedad de masas.

2. La información especializada, o conocimiento especializado, se dirige a destinatarios discriminados por la posesión de códigos específicos. Este carácter discriminatorio, restringido, selectivo, de la información especializada, constituye el aspecto distintivo de la llamada «sociedad científico-técnica» y que nosotros reconocemos como «sociedad del conocimiento», con objeto de hacer patente el contraste, dentro de un mismo modelo social, de las dos fuerzas convergentes, desde el punto de vista de su origen histórico probablemente común, y divergentes, desde el punto de vista de los efectos sociales actuales.

Las oposiciones semánticas expresan, de esta manera, oposiciones del referente. Concluyendo, en lo que nos interesa, hay una contradicción, en términos dialécticos tal vez pueda decirse que hay una antítesis, entre sociedad de masas y sociedad del conocimiento, bien entendido que esta antítesis se gesta en el interior de un todo común

Hablando con propiedad, esta oposición entre «sociedad del conocimiento» y «sociedad de masas» o, expresando esta antítesis de otro modo, entre una sociedad cuyo conocimiento, por un lado, tiende a su progresiva especialización mientras que la información tiende, por otro, a la generalización, incluso a la trivialización de dicho contenido, ha sido muchas veces advertida, pero nunca, creemos, ha sido expuesta del modo que nosotros hemos venido haciéndolo ya antes de este estudio y ahora en estas páginas.

Porque normalmente ha sido planteada como una cuestión moral, como una contradicción axiológica; mientras que para nosotros es la expresión de un mecanismo funcionalmente diagnosticable; o, para decirlo mejor, susceptible de ser descrito en términos funcionales. Creemos haber encontrado en trabajos precedentes algunos conceptos cuya correcta discusión permitiría comprender mejor los procesos de esa articulación y dar respuesta, además, a algunas interrogaciones, a veces de contenido ético, que se hacen acerca de la función que cumplen los medios de comunicación colectiva en la sociedad actual. Interrogaciones que preceden de la perplejidad acerca de su funcionamiento y que podríamos, en términos axiológicos, simplificar de la siguiente manera:

a) Los medios de comunicación de masas cumplen una función negativa, por su propia naturaleza, para la progresión de la sociedad porque son un instrumento de degradación del conocimiento y de gregarización cultural.

b) Los medios de comunicación de masas cumplen una función positiva por su propia naturaleza para la progresión de la sociedad, porque son un instrumento de difusión del conocimiento y de integración cultural.

Caben por lo demás las posturas intermedias entre los términos de esta oposición. En nuestra intención al menos creemos haber dado con criterios que permiten eludir esta formulación. Por otra parte esta antinomia que hemos expuesto, a la que deliberadamente hemos querido dar la forma de una antinomia kantiana, puede expresarse de otros modos. Es, por ejemplo, la antinomia que expuso Eco cuando distinguió las actitudes «apocalípticas» frente a las «integradas» (18). Otras oposiciones similares pueden encontrarse en la lectura de los sociólogos de la comunicación colectiva especialmente en los comentaristas de los «efectos» de la comunicación de masas o en los «críticos» de la «industria cultural». Desde nuestro punto de vista la cuestión es diferente: sean cuales sean los «efectos», los medios responden a un mecanismo funcional de integración o vinculación de la sociedad no industrializada en los procesos comunicativos de la sociedad industrializada. Extiende no ya los impulsos semánticos internos o profundos generadores de la industrialización, sino el sistema de dependencia comunicativa que convierte a la sociedad científico-técnica en una sociedad de masas a expensas de la sociedad tradicional. «Los medios de comunicación —escribíamos en *El lenguaje de los «media»*— son un artefacto adecuado para integrar al individuo en la dinámica colectiva. En hipótesis, es posible que la

(18) U. Eco: *Apocalípticos e integrados ante la cultura de masas*, Lumen, Barcelona, 1968.

disparidad de los discursos —específicamente los de la técnica social, cultural y política— sea compatible con la homogeneidad del discurso cotidiano. Los medios han removido la desmembración de la sociedad tradicional, en la que el intercambio político, cultural y económico era inviable... La estratificación cultural es el resultado de la acción de los medios que introduce el intercambio simbólico sin reducir las distancias entre los códigos establecidos» (19).

En este contexto que supone la radical alteración de las pautas comunicativas de un tipo de sociedad para convertirlo en otro distinto hay que enjuiciar los efectos de los medios de comunicación de masas. Esta modificación de las pautas comunicativas consiste principalmente en la convergencia en la sociedad pos-industrial de dos impulsos generadores de la organización, multiplicación y difusión de mensajes. Por un lado, el principio de división del saber, que genera y alimenta la sociedad del conocimiento, y que es una manifestación simbólica del principio empírico de división del trabajo. Por otro, el principio de difusión de la información, que genera y promueve la sociedad de masas, y que es una manifestación simbólica del principio del mínimo esfuerzo (20).

El modo de progresar el conocimiento en una sociedad del conocimiento es, como ya quedó establecido desde Augusto Comte (21) y confirman modernas investigaciones lingüísticas que nos sirven de fundamento (22), el de la sucesiva expansión de su objeto por división del objeto, es decir, por progresiva especialización del saber. Efectivamente, esta especialización y división del objeto del conocimiento lleva aparejada la división del lenguaje y del discurso en que se sustenta, así como una fragmentación de los niveles de decodificación y codificación del discurso, que se expresa mediante la promiscuidad de terminologías especializadas. De esta manera, la sociedad del conocimiento engendra problemas semánticos y culturales específicos. Puesto que introduce límites semánticos y culturales, contribuye a fragmentar los niveles de decodificación en la estratificación cognitiva y cultural. Los lingüistas hace tiempo que observaron estas cuestiones (23).

Pero esta sociedad del conocimiento coexiste con la sociedad de masas.

(19) Cfr. *El lenguaje...*, pág. 47.

(20) Sobre el modo de interacción de estos dos principios, cfr. *El lenguaje...*, página 97. También pueden leerse nuestras fuentes.

(21) Cfr. L. NÚÑEZ LADEVEZE: «Augusto Comte y la división del trabajo social», en *Revista de Estudios Políticos*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1982.

(22) Cfr. *El lenguaje...*, págs. 97 y sigs.

(23) Entre nosotros R. TRUJILLO: «El lenguaje de la técnica», en *Doce ensayos sobre el lenguaje*, F. J. March, Madrid, 1974.

Esta se manifiesta como un gran mosaico de públicos estratificados sobre una base homogénea común que no necesariamente debe identificarse con la «masa» de los sociólogos de la primera hora. Para nosotros esta homogeneidad reside en la base común del lenguaje cotidiano: no implica necesariamente una homogeneidad cultural, porque el sustrato común de la cultura no designa o distingue inevitablemente el nivel elemental del público más amplio. Lo que designa es que los diversos estratos o recortes del público coinciden en una base homogénea de participación común.

De este modo se puede pensar en una progresiva evolución de los impulsos de la sociedad pos-industrial y, paralela y disociada, de sus mecanismos de integración. Impulsos simbólicos e integración simbólica aparecen identificados en el origen, pero se van separando a medida que van progresando. Los impulsos simbólicos avanzan hacia la constitución de una sociedad del conocimiento, mediante el progresivo mecanismo de la división del conocimiento y la generación de lenguajes y de técnicas específicas. La integración simbólica avanza hacia la constitución de la sociedad de masas, mediante la integración de públicos nuevos, cada vez más amplios, al sistema de difusión y distribución masiva de los mensajes.

Sociedad de masas y sociedad del conocimiento son, pues, coexistentes, divergentes y complementarias.

Ciertamente que en hipótesis cabe pensar en dos sociedades completamente separadas una de la otra: una sociedad del conocimiento por un lado y una sociedad de masas sin contacto alguno con aquella en la que los medios de comunicación periodística estuvieran apartados o desinteresados del complejo mundo del saber y de la cultura. De hecho, hay culturas informativas que proceden así. Una sociedad masificada respondería, de una manera o de otra, a este esquema y sería una de las muchas posibles versiones de la sociedad de masas. Una sociedad de públicos, estratificada, dividida por la multiplicidad de intereses, fragmentada por la diversidad discursiva de los grupos y por la variedad de estilos de sus estratos es también una sociedad de masas, pero no en todos sus aspectos una sociedad masificada. Por eso daremos (24) al término «masas» un sentido neutro capaz de abarcar diversas modalidades. Lo que entendemos, más técnicamente, por sociedad de masas trataremos de desglosarlo a continuación.

Para nosotros, y en síntesis, sociedad de masas es la propia de un estado de desarrollo tecnológico y comunicativo que hace posible la integración informativa del cuerpo social mediante los medios de información periodística. Esto es independiente del desarrollo cultural o de la distribución del

(24) Véase *infra*, pág. 22.

progreso técnico de la sociedad. Nos basta con que esa dependencia del ciudadano respecto del medio sea efectiva para que podamos hablar de sociedad de masas. Los grados de participación ciudadana, de enculturización, de estratificación social, etc., permitirán distinguir y enfrentar diversos tipos o concreciones históricas de este modelo social. Una sociedad de masas no es en principio ni democrática ni autoritaria; puede estar más o menos masificada. Cuando el grado de masificación no es tan sólido que permite la estratificación cultural y cognitiva del océano social, entonces caracterizamos a la sociedad de masas como sociedad de públicos. Una sociedad de masas no plenamente masificada genera públicos amplios, complejos y diversos y distingue estratos; pero no todas las sociedades de públicos estratificadas son sociedades no masificadas. Damos al término «público» un matiz funcional que trata de recoger la fragmentación informativa y la diversidad de mensajes y de dependencias discursivas propias de una sociedad integrada por medios de información periodística (y también por otros medios de comunicación de masas que no sean periodísticos), pero también estratificada por esos medios. Los «públicos» interrumpen la presunta homogeneidad discursiva del cuerpo social.

Pero el término «masas» en su uso sociológico es equívoco. Por eso conviene separar los distintos usos sociales de este concepto. «Masa» puede tener tres connotaciones principales:

1. Una connotación depreciativa que se basa en la oposición entre «masa» y «minoría». Es, por poner un ejemplo próximo, el uso que hace Ortega de este término en *La rebelión de las masas*. La «masa» social en esta acepción es gregaria, informe, pasiva, carente de actividad y de dinamismo. En este sentido la expresión «sociedad de masas» sería una valoración crítica y no meramente descriptiva de la sociedad actual. Una extensa tradición intelectual ha utilizado en esta acepción el vocablo «masa». Salvador Giner en su obra *La sociedad masa* ha ofrecido un estudio pormenorizado de esta tradición especulativa cuyas motivaciones e inspiraciones son, a su juicio, típicas del pensamiento reaccionario y contrarias al rumbo que a partir del Renacimiento ha seguido la sociedad moderna. Este diagnóstico se enfrenta, no obstante, con problemas interpretativos difíciles, pues, puede llevar a tipificar dentro de una misma corriente intelectual actitudes tan contrarias como las individualistas, basadas en la convicción de la supremacía del principio de libertad de conciencia y autonomía de pensamiento y que, en este sentido, serían acordes con y asumirían la tradición liberal individualista, y algunas tradicionalistas que consideran al principio de libertad de conciencia como responsable de la masificación de la sociedad moderna de masas. El propio Giner no se liberaría de esta confusión.

2. Una connotación revolucionaria, como la usada por la tradición marxista y explícita ya en el propio Marx, para quien las «masas» son el sujeto paciente de una discriminación social basada en la supremacía económica de unas clases sociales sobre otras. Las «masas» constituyen para este punto de vista conjuntos sociales oprimidos que la teoría revolucionaria trata de liberar o emancipar. En cierto modo «masas» son aquí sinónimo de «pueblo explotado».

3. Una connotación funcional, que es la que nosotros pretendemos darle. La expresión «sociedad de masas» no se refiere, entonces, tanto a la cuantificación de las personas como a la cuantificación de los mensajes, objetos y relaciones que engendran vínculos de relación e interdependencia entre las personas, y es un rasgo inherente a la sociedad pos-industrial independientemente de cuál sea el estado de masificación de la sociedad. Una sociedad de masas puede, como decíamos antes y según esta acepción, estar o no masificada. Lo que la distingue es que los mecanismos de relación informativa, de comunicación entre los distintos componentes del todo social, producen masivamente mensajes a través de los cuales todo individuo se integra en el mecanismo informativo de la sociedad.

Por trasposición podemos transferir esta condición de «masa» a la base homogénea del conjunto de los públicos destinatarios de estas relaciones. Ahora bien, si se tiene en cuenta que es toda la sociedad la destinataria del mensaje, puede también considerarse que sus miembros, en cuanto están sometidos a esta relación, como conjunto de destinatarios de mensajes reproducidos en serie, forman la «masa social», sin tener que interpretar este término como sinónimo de «masificación». Los «públicos» serían recortes producidos por la serialización discriminatoria de mensajes de diverso grado de decodificación en esa «masa» social. El término «masa» así entendido tiene un matiz psicológico y comunicativo. Es algo que ya advirtieron los lingüistas modernos y, muy especialmente, Saussure en su *Curso de lingüística general*. En trabajos precedentes hemos hecho alusión a este asunto (25).

En definitiva, así como el principio de división del conocimiento actúa como un impulso progresivo en la sociedad pos-industrial que la constituye en sociedad del conocimiento, cuyo efecto es la expansión de las especialidades científicas y técnicas; el principio del mínimo esfuerzo actúa también progresivamente mediante la integración simbólica de los individuos desconexos en la sociedad de masas. De una manera simplificada y para compren-

(25) L. NUÑEZ LADEVEZE: «El lenguaje cotidiano desde el punto de vista semiológico», en *Anuario de Filosofía*, Pamplona, 1969.

der intuitivamente las manifestaciones de este mecanismo se pueden distinguir tres ámbitos o condiciones de la integración:

A) Es una integración económica. El proceso económico contribuye a relacionar a los individuos a través de un mecanismo nuevo creado por la industria y la tecnología: la producción en serie. El aspecto específico de este mecanismo consiste en que la producción en serie de bienes de consumo integra al consumidor en el proceso de circulación de mercancías, y este proceso afecta a toda la sociedad. Pero esta reciprocidad no sería posible sin la mediación publicística a través de la producción en serie de mensajes publicitarios, a los que los medios de información periodística sirven de canal de reproducción, de soporte y de sistema de mediación.

B) Integración política. La sociedad de masas se caracteriza por la interdependencia del individuo respecto de la Administración y sus sistemas de control o de distribución del poder. Independientemente de que este poder se imponga a la comunidad o emane de la comunidad a través de los mecanismos de representación política, el hecho es que se da una dependencia directa y simultánea. La información política adquiere una condición publicística y tiende a una manipulación dirigida a la obtención del consenso social. También los sistemas de conflicto dependen de esa reproducción indiscriminada de los mensajes.

C) Integración cultural. La dependencia de los componentes del cuerpo social de los sistemas de producción en serie de mensajes suscita pautas y hábitos culturales homogéneos y uniformes. El individuo, como ya describió Moles en su *Sociodinámica de la cultura* (26) se integra en un ciclo socio-cultural uniforme en el que es posible distinguir distintos grados de estratificación, pero a partir de una base común homogénea y compartida. Esta base y el esquema de graduaciones estratificadas que genera constituye lo que se suele identificar como cultura de masas. La cultura se convierte en una mercancía simbólica. Determina un grado de interdependencia cultural entre los miembros de la comunidad e, incluso, desborda los límites de la masa lingüística para imponer gustos y estratos internacionales comunes.

Publicidad, propaganda y cultura de masas son las manifestaciones simbólicas de este sistema general de integración. Integración que no es necesario interpretar como sumisión a un sistema de ideas, sino como mecanismo neutro de relaciones funcionales que consolida la dependencia del cuerpo social en cuanto destinatario colectivo de mensajes (27).

La integración es el efecto de este sistema de reproducción del mensaje,

(26) A. MOLES: *Sociodynamique de la culture*, 2.^a ed., Mouton, París, 1971.

(27) *El advenimiento...*, págs. 225 a 227.

siendo la mediación de los medios de información periodística el instrumento que la hace posible. Naturalmente, hay otros instrumentos concurrentes. Pero en lo que se refiere al componente simbólico de la sociedad pos-industrial el proceso informativo es el elemento decisivo de la integración.

La sociedad de masas es, pues, una modalidad social que se caracteriza por la concurrencia dominante de medios de información periodística, caracterizados por su capacidad para producir en serie mensajes que afectan al conjunto social, y de condicionar a través de esa acción los esquemas de dependencia recíproca de los miembros que lo componen: una sociedad en la que las relaciones de dependencia son mediadas y determinadas por esa actividad simbólica. Con ello no se quiere decir que «los medios de comunicación de masas sean determinantes de las condiciones de la sociedad, como parece aceptar, sin reflexión, cierta crítica que prescindió de las relaciones cara a cara, de la espontaneidad de los líderes de opinión y, en general, de la comunicación de pequeños grupos. Los medios no sustituyen a las relaciones interpersonales sino que se superponen a ellas y las configuran según un nuevo esquema. Pero la integración es sólo un acontecimiento formal, aunque sea distintivo. No se puede interpretar como si se tratara de una tensión unidireccional en el sentido de que en un polo hubiera un máximo de 'integración' y en el opuesto un 'mínimo'. La 'integración' (que sólo es posible a través de los *media* y cuya causa remota es la tecnología) es un fenómeno distintivo de vinculación y de dependencia respecto de la circulación de mensajes (que es un nuevo presupuesto —un nuevo elemento de mediación— para la circulación de mercancías) económicos, políticos y culturales. Aunque el análisis concreto de las formas de integración no ha sido iniciado, es, no obstante, razonable pensar que como tal fenómeno es independiente de la axiología de los contenidos que integra, y puede ser, por tanto, indistintamente interpretado tanto en términos de ampliación del control social como en términos de ampliación de la cobertura y de la participación. Pero aquí se trata solamente de insistir en la función de la dependencia y en su carácter distintivo: la 'integración' puede ser entendida como una implicación del individuo por la sociedad a través del proceso comunicativo de los *mass-media* (lo cual supone una implicación cultural, económica y política a través de la información, la publicidad y la propaganda). Si la sociedad moderna lo es de consumo de masas, se realiza mediante una política de masas (rebeldes o sumisas), y engendra una cultura de masas, es porque, en las diferentes versiones de su eficacia, se organiza como una sociedad de masas» (28).

(28) Cfr. «Masificación y...».

El instrumento que hace posible este engranaje es el medio de información periodística o, más ampliamente hablando, publicística. Desde esta estimación, el medio publicístico parece absorber para darles una nueva eficacia, la condición mediadora del medio de comunicación. Como hemos dicho en otros trabajos (29), es medio porque: como todo medio no natural es un útil; crea una distancia y resuelve una distancia entre los sujetos del proceso comunicativo; es un soporte del mensaje.

Con esto se quiere indicar que el medio informativo publicístico es, en cuanto útil, expresión del desarrollo de la tecnología; medio integrador en el proceso de comunicación social, y medio entre las especies de comunicación, pues condiciona los contenidos de la comunicación al proyectarlos masivamente en la interacción social.

El medio de información aparece ahora como *medio de integración*, como el instrumento que permite concebir a la sociedad pos-industrial como una sociedad informativamente integrada. Pero como el engranaje a través del cual se realiza esta integración es de naturaleza simbólica, no sólo modifica los mecanismos de circulación de mensajes sino que introduce factores de distorsión en la participación de los signos, en la interacción social y en la estabilidad de los códigos culturales y cognitivos que determinan las pautas de conducta social y colectivas.

Son medios de comunicación de masas porque proyectan los mensajes indiscriminadamente sobre la masa hablante. En su origen, como hemos visto, creando públicos selectivos, es decir, ampliando la selectividad de los públicos que tenían acceso a las fuentes del conocimiento, pero ampliando a la vez la amplitud y la extensión de estos públicos. El desarrollo pleno de este proceso se actualiza cuando las posibilidades de reproducción simultánea del mensaje consigue que todos los componentes de la comunidad pasen de ser sujetos potenciales de la comunicación a sujetos reales de la comunicación. Pero en este cambio que se expresa en la sucesiva ampliación de los públicos, la participación en el mensaje de la sociedad plenamente integrada determina una expansión creciente de los modos del mensaje publicístico. El periodismo invade los contenidos de la comunicación, y cualquier contenido pasa a ser posible mensaje periodístico, objeto de tramitación de un medio informativo. Así, el medio publicístico como medio integrador genera la sociedad de masas.

(29) L. NÚÑEZ LADEVEZE: «Funciones de los medios de comunicación de masas», en *Anuario e Investigaciones culturales*, núm. 3, Ministerio de Cultura, Madrid, 1980. Y «Para un tratamiento de la noción y las funciones de los medios de comunicación colectiva», en *Revista de Investigaciones Sociológicas*, C. I. S., Madrid, 1983.

Pero es también medio entre la sociedad de masas y la sociedad del conocimiento. De hecho, en su evolución expansiva, el medio no surge al margen de esa sociedad cognitiva sino como un instrumento de su expansión, y principalmente como tal. Si en las sociedades no integradas las especializaciones técnicas, cognitivas y culturales podrían desarrollarse al margen de la vida común, la integración que los medios publicísticos instituyen se realiza a partir de la propia actividad de estas especializaciones. Al menos, en el origen del medio publicístico todo parece indicar que fue así: sirvieron de instrumento para la expansión de la sociedad del conocimiento. Pero el hecho de que haya sido así, en su origen, no implica que tenga que serlo en toda sociedad que se sume a este proceso aportado por la aparición de la sociedad industrial en una cultura determinada. Puede pensarse que en la sociedad industrial avanzada la sociedad de masas es a la vez una sociedad integrada, estratificada y de públicos; pero en sociedades de otra naturaleza, como las de los pueblos no desarrollados puede darse una completa escisión entre sociedad del conocimiento y sociedad de masas.

En el modelo ya constituido el medio publicístico media entre ambas sociedades y las integra estratificándolas. La paradoja consiste no en que haya una oposición entre ambas, sino en que haya también una complementariedad que permita su mutua, opuesta, simultánea y continua expansión.

El problema principal radica en detectar si cara al futuro esa expansión divergente de la sociedad cognitiva y de la sociedad de recepción masiva de mensajes, es estable.